



Un momento de la obra 'Decamerón negro' representada en los Teatros del Canal de Madrid. / EL MUNDO

Teatro

La hermosa epifanía del erotismo

'DECAMERÓN NEGRO'

Autores y directores: Santiago Sánchez y Hassane Kassi Kouyate. Escenografía: Dino Ibáñez. Iluminación: Rafael Mojas y Félix Garna. Reparto: Claudia Coelho, Yolanda Eyama, Gorsy Edu, Sara Nieto y José Juan Rodríguez. Escenario: Teatros del Canal. Calificación: ★★★★★

JAVIER VILLÁN / Madrid

Sólo la palabra, Decamerón, suscita sensaciones divinas a fuerza de

ser carnales: movimientos de gozosa lujuria. Cuántas veces no hemos releído a Bocaccio y la venturosa peste que propició el retiro profiláctico y extramuros de un grupo de gente disoluta, y el júbilo del amor y del sexo. Con el tiempo, solo la tiranía de la belleza pervive y sin ella, incluso en los momentos de esplendor, la tiranía del sexo puede que nunca alcanzara la plenitud total; algo hay de esto en *Decamerón negro*: ritmo, música,

esplendor de los cuerpos, incandescencia del gesto, abismo del deseo. Pero que nadie busque la mitología fálica del negro o el mulato, porque de eso no hay a la vista. Liberación, sí: sin libertad del cuerpo no hay libertad de la mente. O a la inversa, da igual.

Este *Decamerón negro*, para la gente del común, parecía ofrecer la mítica de una cultura fálica de la negritud y la exaltación natural de un espacio edénico y virginal, des-

provisto de la perversión intelectual de una cultura dominante; pero hay también cierta insurgente sensación de que esa cultura acaba por impregnarlo todo, de que todo acaba por ser un apéndice de la cultura del poder.

Vimos, en tiempos, el *Decamerón*, de Pasolini, y lo explícito de la homosexualidad quizá no alcanzara las altas cotas de tensión erótica que el magnífico tango que en *Decamerón negro*, bailan dos hom-

bres, Gorsy Edu y José Juan Rodríguez. No se trata de una iconografía o grafismo sexual; se trata del contexto. El enunciado de Santiago Sánchez y de Hassane Kassi Kouyate, es *Decamerón negro*. O sea las historias sexuales de la africanidad. Y a eso hay que atenerse.

Liberación, sí: sin libertad del cuerpo no hay libertad de la mente

Sólo puede entenderse ese magnífico tango, quizá el número más aplaudido, desde una universalización de la negritud explicable en el Caribe, pero menos explicable en Argentina. De igual forma, parece impostada, o insuficiente, la vinculación de esta negritud a un flamenco un poco epidérmico. Podía estarlo, y con más razón, al jazz, músicas ambas que expresan la herida histórica de dos razas marginadas: los negros y los gitanos. Puede que sea esto lo único reprochable a la estu-penda carnalidad de los cuentos de esta obra que, gracias a su teatralidad, esquiva el peligro de una narrativa consustancial. Se trata de un erotismo menos tórrido de lo que anuncia la propaganda: sexo estilizado y, a la postre, cierta contención que no tenían ni Bocaccio ni Pasolini. Teatro-danza, teatro-música; esa es la naturaleza de este bello espectáculo. Ahí es donde intérpretes y dirección dan su verdadera dimensión.